

# LA GUARIDA DE LA PANTERA



# LA GUARIDA DE LA PANTERA

Mónica V.T.

Autora: Mónica V.T.

Diseño de portada: Mónica V.T.

ISBN: 9789403624921

© 2021 Mónica V.T.

# CAPÍTULO 1

## BAHAMAS

Era Verano, el sol reluciente brillaba con todo su esplendor. El mar semejava una tela con varios colores degradados entre el verde aguamarina y el azul cielo teniendo su origen en el horizonte y su fin en una marea de arena fina y caliente de una pequeña playa solitaria. Sonaba una música que componían el abatir de las olas en la orilla de la playa contra las rocas y el aire abaneando las hojas de las palmeras.

El amerizaje de un ave urbana interrumpió la cálida música. La brisa atravesaba la ventana y mecía delicadamente las cortinas. Una joven mujer, Mabelle St. James, o Belle como siempre la llamaba su padre y Bruce, observó su llegada sorprendida. Esbelta y algo musculada, su piel morena, su cabello casi negro como el azabache, destacaban con la bata blanca que la cubría hasta el muslo y que ocultaba debajo un bikini color negro. Bajó alegremente las escaleras que iban desde una hermosa cabaña de madera hasta la arena de la playa.

—¡Bruce! ¿No tenías que llegar mañana con las provisiones? —Se dirigió hacia el hombre que descendía del hidroavión.

—Belle, he venido hoy porque es urgente, hay un sobre para ti, viene de Washington D.C. y te lo envía el de siempre...

—Sí, ya, Winton MacKay.

Bruce Hamilton, joven y un poco más alto que ella. Su pelo negro y su bronceado resaltaban por la camisa blanca que llevaba remangada y entreabierta dejando su torso un poco al descubierto. Sus pantalones tejanos hasta la rodilla, envejecidos, se ajustaban a su musculoso cuerpo y resaltaban su bonito trasero.

Él siempre mostraba cierta preocupación cada vez que recibía un sobre con las mismas características.

—Deberías dejarlo, es un trabajo muy peligroso para ti.

—Bruce, sé que te preocupas mucho más por mí desde que murió mi padre, pero... —hablaba reflejando en su mirada una tristeza que no ocultaba en su presencia—. Mi padre creía en ello y murió por ese motivo y es lo mismo en lo que yo creo: la justicia, la paz... en fin, un mundo mejor para todos. No puedo cambiar ni tampoco

dejarlo, está en mi naturaleza. No te apures, sé cuidarme. Es algo que me enseñó muy bien mi padre y las adversidades de la vida. —Puso su mano en su hombro y apoyada sobre las puntas de sus pies desnudos, le dio un beso en la mejilla como signo de agradecimiento y cariño.

Mientras subía al hidroavión, ella se despidió con un movimiento de la mano y él hizo el saludo militar como si se tratara de su capitán. El rugido de los dos potentes motores enturbió el silencio de la isla.

Ya en su estudio, Mabelle abrió el sobre. En su interior había un dossier que constaba de tres fotografías y varios documentos. Sus piernas desnudas y bronceadas por el sol, se cruzaban para acabar apoyadas por los pies sobre una gran mesa de madera, en la que había colocado ordenadamente las fotografías una al lado de la otra. Se reclinó en un sillón negro provisto de ruedas para leer el informe.

*Sicilia. La Mafia. Un cuadro robado a la Familia Pereira, una de las familias más poderosas en el contrabando de drogas de Colombia. Se cree que también está implicada en*

*tráfico de armas. Y por medio, está el carismático Lizard Senllermen...*

Cogió de la mesa las tres fotos que observó detenidamente. La primera correspondía a Lizard Senllermen: 56 años, pelo canoso y ciertas arrugas en su rostro le conferían una imagen de respetuosidad que no se veía mermada por su bigote que le añadía un toque de distinción y elegancia. «Es guapo y millonario, todo lo que una mujer podría desear», se decía mientras tomaba un refrescante zumo de frutas tropicales. Posó el vaso sobre la mesa al tiempo que sus pies pisaban el suelo y su espalda se despegaba del respaldo. Miró la segunda fotografía, era de Ramón Pereira, acompañado de su familia: Palmira, su mujer. Alta y esbelta, figura que desentonaba con el aspecto de su marido. Magdalena, su hija, había adquirido la belleza de su madre. Y el mismo Ramón. Un hombre al que se le notaba la necesidad de realizar ejercicio y corregir su dieta alimentaria; «ganaba dinero matando a gente con su basura», pensó Belle.

Le bastó unos segundos para memorizar las caras, dando paso a la última, en la que aparecía uno de los componentes que robaron el cuadro.

Una mujer, que según lo que había leído, yacía muerta y enterrada en el cementerio. Muchas preguntas acudían a su mente.

## MIAMI

El vuelo 503 con destino a Washington D.C. tendrá su salida dentro de quince minutos y la puerta de embarque es la seis se leía en una de las pantallas del aeropuerto.

Una mujer se levantó. Pagó al camarero y salió. Su vestido blanco, con una pamea a juego que le daba apariencia señorial, y a la vez insinuante o sexy, dejaba impresionados a los hombres que la veían acercarse para embarcar. Sus gafas de sol ocultaban unos preciosos ojos color avellana oscuro que parecían negros. Subió al avión y pocos minutos después éste despegaba.

## AÑO 2009

La música ambientaba el salón de su casa de Miami. Era el "Claro de luna" de Beethoven. Esperaba la llegada de su padre recostada en la

alfombra blanca de pelo del salón, situada al pie de la chimenea. Se había quedado dormida. Era tarde. Las doce campanadas del reloj de cuco de su padre interrumpieron su sueño.

Las luces de un coche se vislumbraron a través de la ventana. Debía ser papá, aunque no parecía su coche por el ruido del motor. Alguien llamó a la puerta. Papá tenía llaves, no sería él. Un hombre de uniforme estaba en el umbral de su puerta y dos esperaban en el coche oficial.

—¿Señorita St. James?

—Sí, ¿quién es usted?, ¿y papá?

—Me deja entrar.

—Sí, pase.

—Por favor, siéntese señorita.

—¿Qué ocurre?, ¿dónde está mi padre?

—Su padre... ha muerto.

—¿Qué? no es posible. ¡Papá no! —Comenzó a llorar desconsolada.

—Lo siento mucho.

—¿Cómo fue? —preguntó con el último aliento que le quedaba como si ella también muriese.

—Había subido a su vehículo... una bomba explosionó.

—¡Váyanse, por favor! Estaré bien. —Las lágrimas resbalaban por su rostro.

Un escalofrío recorrió todo su cuerpo a pesar de que la habitación mantenía un ambiente cálido por el fuego de la chimenea en aquella extraña y fría noche en la que seguidamente comenzó a llover, tronar y relampaguear. La tormenta, antes inexistente, desató toda la furia que llevaba encerrada dentro de sí.

—¡Señorita, el cinturón! —señaló la azafata despertándola de sus recuerdos.

—¡Qué!

—El cinturón, por favor, vamos a aterrizar.

WASHINGTON D.C.

Unos bonitos pies dentro de unos zapatos de tacón alto atravesaron las puertas del ascensor. El suelo de baldosas reproducía el sonido que hacían cada vez que se producía un paso. Una puerta se abrió y ella entró. En el despacho la esperaba Winton MacKay, su jefe inmediato. Era un hombre ya de edad avanzada al que le quedaba poco tiempo para jubilarse. Su pelo canoso le otorgaba un aire de seriedad. Alto y con

la figura bien cuidada le daban un aspecto elegante a la vez que sensual.

—St. James, ha venido pronto. Siéntese.

—He recibido el sobre, pero no entiendo cuál es mi trabajo en este asunto. —Se quitó su pamelita y sus gafas de sol y las depositó en un lado de la mesa.

—Tiene que encontrar ese cuadro lo antes posible. Pereira ofreció una recompensa de 100 kg de cocaína a la persona que recobre el cuadro. Es lo más preciado para él, lo pintó su madre antes de morir y quiere más a ese cuadro que a su propia familia. Si todo sale bien podríamos cazarlo y encarcelarlo para siempre.

—Y ¿en qué interviene el millonario y supuestamente honrado Senllermen en este asunto?

—Creemos que de alguna forma está implicado en el robo.

—¿Y la mafia siciliana?

—Podría interesarles el cuadro para conseguir la recompensa de la droga. Es un botín muy interesante del que obtendrían millones de dólares casi sin mover un dedo.

—Sí, es una recompensa muy jugosa.

—Creemos que Senllermen se encuentra en estos momentos en Montecarlo y que tiene allí el cuadro.

—Triiiiiinnnn —suena el intercomunicador.

—¿Qué pasa Lisa? —le pregunta a la secretaria.

—Tiene una llamada de...

—¡Qué espere! —Cortó la conversación antes de que ella terminase de hablar.

—Bueno, si no hay nada más que deba saber...

—Nada más, manténgame al corriente y vaya con cuidado.



## CAPÍTULO 2

### MONTECARLO

Un taxi llegaba a la entrada del casino de Montecarlo, el más famoso de Mónaco, un majestuoso edificio de estilo imperial decorado con llamativos mosaicos. Eran las diez. Unas insinuantes piernas con medias de seda negra a juego con unos zapatos de terciopelo y tacón alto posan sus pies en la acera. Su largo vestido de raso negro se ajustaba como un guante a la mano más hermosa permitiendo enseñar sus esbeltas y delgadas piernas por la extensa abertura lateral que se abría descaradamente cada vez que daba un paso. Un largo pañuelo de seda blanco envolvía su delicado cuello. Una vez dentro, sus ojos echaron una visual a las salas y pronto hallaron lo que buscaban en la mesa de la ruleta.

—Monsieur Senllermen, abra juego —le pidió el crupier.

—Todo al 29 rojo.

—Hola, cariño —dijo la insinuante voz de la mujer.

—¿Qué haces aquí?, te dije que te quedases en casa.

—No podía estar sin ti.

—29 rojo, ganó otro vez monsieur.

—Ves cariño, te doy buena suerte.

—Quiero cobrar las fichas.

—Pero nos vamos a ir ya, cariño —replicó delicadamente.

—Sí. —La agarró fuertemente del brazo y casi la sacó arrastrándola fuera del casino.

—¿Cómo te atreves a presentarte aquí?, no sé como pude casarme con una... una mujer como tú. ¿Por qué no me concedes el divorcio? No te soporto. Ambos se subieron en el vehículo.

—Cielo, es el precio que tienes que pagar si no quieres que descubra tu secreto.

—A veces desearía...

—No lo digas, querido. —Le interrumpió ella poniendo su dedo índice sobre sus labios para cerrarle la boca. Él lo saco con un movimiento seco y con cara de asco.

—Alan, ¿qué ocurre?, ¿por qué se ha parado?

—Es un coche, señor, está en el medio de la calzada.

—Voy a ver que sucede.

Un Maserati Biturbo Spyder de color plata estaba cruzado delante de la limusina. Una mujer estaba al volante. Salió al ver que el hombre se acercaba. Vestía una falda blanca evasé con una camisa transparente con encaje del mismo color. Su melena suelta y ondulada le confería un aire fresco y juvenil de eterna inocencia.

—Qu'est quil passe Mademoiselle?

—Oh, je ne le sais pas... c'est ma voiture... cómo se lo explico... no sé...

—Pero si habla mi idioma.

—Sí, y usted también, que milagro encontrar a alguien con quien poder comunicarme en un idioma que no sea el francés. Se trata de mi coche, lo encendí, iba a salir y de repente, se paró sin más —explicó con cara de no haber roto nunca un plato.

—Déjeme a mí. —En pocos segundos el coche se puso en marcha.

—Gracias, muchísimas gracias, cómo podría agradeceréselo —pronunció insinuándose.

—No fue nada, pero estaría encantado si aceptara ser mi invitada en la fiesta que celebro mañana en mi villa.

—Estaré encantada de ir, pero...

—Pero...

—No sé dónde vive.

—No se preocupe, la recogeré donde me diga.

—Hotel Hermitage Montecarlo.

—¿Le parece bien a las ocho?

—Sí, perfecto. —Le besó lo mano como todo buen caballero seductor haría al tiempo que no pudo dejar de admirar sus bellos pechos cubiertos por un sujetador de encaje que se transparentaba a través de la blusa.

Parecía que había caído en la red, pero Mabelle no podía fiarse, tal vez su astucia le habría llevado a seguir el juego para ver que se escondía detrás de aquella mujer, o tal vez no. Pronto sabría con seguridad que sí había mordido el anzuelo, ya que vendría el mismo a buscarla en lugar de enviar solamente a su chófer.

Se miró en el espejo. Estaba irresistible. Llevaba un vestido rojo de raso y tul por capas que le llegaba hasta el tobillo. El escote en forma de corazón destacaba su hermoso pecho. Su cuello radiaba belleza más fuerte que el brillo de los minúsculos brillantes engarzados en forma de Y que componían el colgante que llevaba en la cadena de oro. Unos pendientes completaban el juego. Su largo cabello oscuro, casi negro como el azabache, lo tenía recogido en un moño pero

permitiendo que dos largos mechones cayesen a ambos lados de su rostro. Sus zapatos de tacón alto del mismo color del vestido realzaban su figura y la hacían parecer más alta de lo que en realidad era.

—No le dije mi nombre ni el número de la suite. Tendré que bajar al vestíbulo —se habló a sí misma en voz alta.

Un hombre bien trajeado y muy elegante hizo su entrada en la fastuosa recepción del hotel que parecía un palacio con sus balcones y una hermosa cúpula con vidrieras como techo.

—¿Quería saber en qué suite se hospeda una señorita?

—¿Cuál es su nombre?

—Pues verá, ese es el problema, no lo sé.

En ese instante, sus miradas se cruzaron.

—Estás resplandeciente —aseguró él.

—Por ciento, no me presenté, me llamo Yazmín.

—Yo Lizard. Precioso nombre como la flor exótica, hermosa y misteriosa.

La tomó de la mano y se acercaron al vehículo, le abrió la puerta como buen caballero, ella subió y él cerró la puerta. Dio la vuelta por detrás y también subió sentándose a su lado.